

ciarse con la ortodoxia alfaquí, pero también parece que presagió un día la medida inmensa de su fracaso: «Desdichada Zahira —cuenta al-Maqqari que exclamó ante un amigo paseando por esos jardines—, quisiera conocer al que dentro de poco te ha de destruir. Ya veo saqueado y arruinado este hermoso palacio, ya veo a mi patria devorada por el fuego de la guerra civil».

Equilibrio precario el mantenido por Al-Mansur con la institución del califato; equilibrio roto por los excesos e imposturas de sus dos hijos, Abd al-Malik y Abd al-Rahman, especialmente de este último, apodado Sanchol. Es ya casi un cliché histórico que los tiranos redimidos por el legado de su obra no lo sean casi nunca por el de sus vástagos. El atrevimiento de Sanchol, bebedor impío y abyecto, desencadenaría la guerra civil (la terrible *fitna*) y el desmembramiento del Al-Andalus en los reinos de taifas. En el año 1009 se supo lo indecible, que Hisham se había visto forzado a nombrarle su sucesor, lo que equivalía a una blasfemia pública contra la ley y la sagrada tradición encarnada por la dinastía de los omeyas. A partir de aquí todo es una demencia de usurpaciones, de tropas mercenarias (bereberes, esclavas, hispanocristianas) campando por sus respetos, de asedios y saqueos interminables de la capital, y de conjuras palaciegas y remociones sangrientas; en suma, una locura fratricida que terminó con toda legitimidad y toda esperanza. La figura del califa, inane y recluida, llegó incluso a desdibujarse y a perderse en esta fiebre colectiva de confusiones y delirios: se le tuvo por muerto, por desaparecido, por huido, por escondido, por todo menos lo que debía ser, en un rastro de pistas tan irreales como las de aquel otro rey vencido en Guadalete, Rodrigo.

Cuatro años de horror que marcaron para siempre a un testigo lúcido y desengañado, escritor sin embargo, del amor, Ibn Hazam, autor del célebre *Collar de la paloma*: «La *fitna*, al arrojarlo del palacio familiar y de Córdoba, hizo de él un moralista radical y un escritor severamente elegíaco que algunas veces nos recuerda a Quevedo o a Séneca. En aquellos años en que el Al-Andalus se despedazaba en una ciega confabulación de crueldad y de locura, él, Ibn Hazam, casi siempre perseguido y errante —murió muy lejos de Córdoba, abandonado hasta por sus hijos—, se convirtió en una conciencia solitaria y cada vez más insobornable y herida por el desengaño. “La flor de la guerra civil es estéril”, decía». Su lamento se hará ya inextinguible. Otro contemporáneo, el poeta Ibn Suhayd, que también sobrevivió a la catástrofe para dolerse de ella, dejó versos para un epitafio de la Córdoba omeya:

No hay entre las ruinas ningún amigo que pueda informarme.
¿A quién podría preguntar para saber qué ha sido de Córdoba?
No preguntéis sino a la separación; sólo ella os dirá si vuestros
amigos se han ido a las montañas o a la llanura.

El tiempo se ha mostrado tirano con ellos: se han dispersado
en todas direcciones, pero el mayor número ha perecido.

Por una ciudad como Córdoba son poco abundantes las lágrimas
que vierten los ojos en chorro incontenible...

¡Oh, Paraíso sobre el cual el viento de la adversidad ha soplado tempestuoso, destruyéndolo, como ha soplado sobre sus habitantes, aniquilándolos!

III

Es normal, al cerrar un libro, preguntarnos qué hemos aprendido, qué nuevas cosas nos sugiere. Muñoz Molina había prometido mucho en las primeras líneas y alentado al máximo las esperanzas de sus lectores: «Pero uno, que ha perdido tantas certezas en los últimos años, ya casi sólo una de ellas conserva, la de que no vale la pena vivir sino lo que no se ha vivido nunca, ni decir nada más que lo que nunca ha sido dicho». Y a fe que lo ha cumplido. Me digo también a mí mismo cuántas ingentes bibliografías y torturas nos podríamos ahorrar si todos hiciésemos nuestro ese mismo lema. Ser hoy investigador equivale a abrazar un estado cuya regla prohíbe la dispersión de una sonrisa e impone como disciplina el estudio contenido de los textos especializados, ante los cuales uno obtiene demasiadas veces la impresión de que se trata de repeticiones impersonales de un mismo lenguaje escolástico. Es un no cesar de publicaciones, que ahora vomitan los ordenadores con más presteza que las antiguas máquinas de escribir, en cantidades industriales, y casi siempre cortadas por el mismo patrón, —un ilustre helenista francés usó una expresión muy parecida hace ya años—⁸. Por eso, la lectura de una obra como *Córdoba de los omeyas* puede ser una brisa de aire fresco en la atmósfera clausurada y finalmente, irrespirable, en la que consumimos nuestra existencia de estudiosos.

Pero no confundamos las cosas. Muñoz Molina ha rendido su tributo a la erudición de la que ha bebido y sin la cual no habría podido redactar su obra. Podría haberse conformado con el listado bibliográfico del final y, sin embargo, ha preferido subrayar su deuda en el propio texto con la preceptiva cita de autoridad. Es un gesto de coherencia, tanto más cuanto que su formación universitaria la debe a una de esas facultades de letras en las que han profesado sus informantes. Están los que tenían que estar: los Dozy, Torres Balbás, Lévi Provençal, Sánchez Albornoz, García Gómez. Son los maestros ineludibles ante los cuales caben todas las críticas que se quieran, pero cuya obra de erudición y acarreo constituye el cimiento de cualquier elaboración ulterior. El ubetense, por lo demás, no ha ocultado sus diferencias, en ocasiones los abismos, que lo separan de algunos de ellos. Con Reinhart Dozy, uno de los autores más citado, ha librado una pequeña batalla a lo largo de toda la exposición, en la que ha prevalecido más el ingenio satírico que el envaramiento habitual entre colegas: ha descubierto en el hispanista holandés al lector de Stendhal que recrea la aventura de Abd al-Rahman I en tonos de héroe de novela, al insigne historiador «que tras su calma de sabio retiene un brío romántico de narrador de folletines». Con igual

⁸ «Et l'on a parfois le sentiment que des livres à venir sont par avance débités en tranches»: Edouard Will, *Bulletin Historique*, RH 251 (1974), pág. 123, criticando la enorme inflación de publicaciones.

agudeza señala en el estilo narrativo de Friedrich von Schack al contemporáneo de Delacroix, y en el encomiástico Eliyahu Ashtor de la tolerancia omeya al sionista desatado.

Los medievalistas españoles no se han salvado tampoco de alguna que otra crítica de pasada, por sus prejuicios en la aproximación al hecho moral y religioso del Islam. Es el caso de Sánchez Albornoz y de Simonet. Tampoco han faltado las alabanzas, reveladoramente siempre a historiadores del arte y de la literatura musulmanes, como Papadopoulo, Burkhardt y, sobre todo, García Gómez. En este elenco de autoridades se echa en falta un nombre: el de Américo Castro. El autor de *La realidad histórica de España* y polémico contradictor de Sánchez Albornoz hubiese sido un buen arsenal de datos y argumentos para ilustrar mejor todavía algunas de las tesis de Muñoz Molina.

Ya he reproducido un párrafo en el que se adivina la tensión del creador literario con la historia profesional y el método histórico de reconstrucción del pasado —una tensión que no suena a novedad viniendo de un escritor—. Pero vale la pena destacar ahora que la historiografía invocada por Muñoz Molina no es otra que la positivista, con todos los vicios característicos de ese paradigma científico, que son precisamente los que él ha sabido ver⁹. Se echa en falta, en cambio, una bibliografía representativa de las tres últimas décadas, en la cual ha predominado el interés por la historia social y económica, de acuerdo con las directrices de la escuela de los *Annales*. En congruencia con esa dependencia del positivismo está el recurso a la sola arqueología (Torres Balbás) para reconstruir las condiciones materiales de vida en la Córdoba islámica. La razón de esta limitación puede residir en que un escritor formado como universitario en historia del arte, y él mismo de fuertes querencias literarias, no se interese por el cuestionario de preguntas y el lenguaje de la llamada «nouvelle histoire». No creo, pese a ello, que el autor de *El invierno en Lisboa* y *Beltenebros* desconozca la dimensión social del ser humano y en general, las aportaciones de las ciencias del hombre en el siglo XX. No lo creo tampoco posible en el lector de Borges y de Benjamin. Por otra parte, nombres como Marx, Freud, Nietzsche han sido puntos de referencia constantes para los universitarios de los años setenta, el núcleo de una «escuela de la sospecha» en la que se ha formado toda una generación, la última que ha pasado por las aulas antes de esta postmodernidad en la que, al parecer, hemos entrado.

Pero me pregunto si un escritor que «ha perdido tantas certezas en los últimos años» —todo un testimonio generacional— no habrá encontrado en la literatura el territorio último de su libertad y en la observación empírica e inmediata de las cosas un método más seguro que el ofrecido por los grandes sistemas interpretativos. La lengua como última trinchera y afirmación del propio ser y existir, cuando ya las corrientes organizadas y las ideas proclamadas se han vuelto impostura o quimera. No digo que ésta sea la posición del autor, pero en el tono y en la orientación del libro, que son deliberadamente personales, muy selectivos y casi intimistas, pudiera haber algo de esa frustración contra un racionalismo fallido, engañoso y pretencioso, el que con tanta altivez se nos ha inculcado en las últimas décadas. Para quien no opere dentro de unas coordenadas de escuela o de sistema, el positivismo, la erudi-

⁹ Vid. G. Bourdieu, H. Martin, *Les écoles historiques*, Seuil, Paris 1983, pág. 83s, 115s, 137s; J.C. Bermejo Barrera, *El final de la historia*, Akal, Madrid 1987, pág. 27s.